



¡Resurrección!

Va a cumplirse un año de la celebración de la primera tanda de Ejercicios espirituales cerrados, en nuestra Parroquia. Un año ya que un buen contingente de jóvenes entusiastas, después de una semana dedicada por entero al silencio y meditación, cantaba con vigor, en la Misa de Comunión del Domingo de Pascua, aquel vibrante himno «Amunt, Germans!», que tan hondamente impresionara a nuestra villa.

Con ocasión de esta hermosa efemérides, nos es grato dar a la publicidad, una carta escrita por uno de los jóvenes ejercitantes que sintió renovada su vida y su juventud en aquel Domingo de Resurrección.

Con la natural reserva de los nombres, el texto auténtico de dicha carta es el que sigue:

Cassá de la Selva, Domingo de Resurrección de 1944.

Hermano en Cristo:

Ayer salí de Ejercicios. Lo que he de hablarte no cabe en el reducido espacio de una carta. Te escribo porque no puedo callar unos segundos esa inmensa abundancia de sentimientos y mociones inefables que no experimenté en las ocasiones más felices de mi audacia lanzada por la senda peligrosa de los éxitos. Te escribo porque le debo a tu celo «intransigente» mi nueva vida, y quiero que ese ardoroso celo que bendigo, sea el depositario de las primicias de mi espíritu renovado.

Desde el anochecer del martes, el recuerdo de nuestra última conversación me hiere. Aquella noche sentí la extraña violencia de una mano santamente despiadada que cortaba el árbol viejo de mis ideas y afectos. Fueron horas de lucha y de violencia, de inquietudes y desasosiego. Era la espada de doble filo que hendía la carne muda de mi espíritu. Eran las horas sangrientas del doloroso parto de un hombre nuevo.

Mi primera impresión fué negativa. El silencio sombrío de aquellos claustros mudos, la fría soledad de mi vida, la estrecha rigidez de aquellas normas de orden y de conducta, provocaron en mi espíritu enamorado de la salvaje anarquía de su albedrío, una reacción de disconformidad y protesta. Lee con indulgencia esas primeras líneas de mis apuntes de ejercitante: «Este ambiente se me hace imposible. Las palabras de introducción del Jesuita me han aburrido y suspiro por las últimas palabras de bendición y despedida del Sábado de Gloria... No entiendo cómo X. X, que se precia de conocerme, ha osado encuadrarme entre esta gente compungida y boba. En la cena han estado todos con orden, cabizbajos y pensativos, como una procesión de frailes tontos... He buscado inútilmente con ojos inquietos una mirada febril e impaciente como la mía, una expresión de disconformidad, un gesto de protesta... En el extremo de la larga mesa, me ha parecido la figura negra del Padre, imponente y sombría, como una pantomina de la Inquisición...»

La última meditación del día puso en mi pecho la primera inquietud, algo así como el rasguño de una zarza o la punzada aguda de la punta de una espada. No obstante, sin mucho sobresalto, dormí de

un tirón la noche; al cabo, aquellos eran trucos de espanto que ya habían asombrado inquietamente mis años de párvulo...

Martes fué un día laborioso; laborioso para el Santo de Loyola y para mí. Las meditaciones del pecado y de la muerte me llenaron de zozobra; fueron dos colosales mazazos del P. Ignacio sobre el duro torreón de mi soberbia. Sentí la duda. Pero una duda ardiente y extraña que no había conocido en mis años; que abrazaba mis potencias en el cerco poderoso de sus brazos e invadía plenamente mis sentidos, mis afectos mis ideas, con un tibio escalofrío de inseguridad y temblor.

Empecé el miércoles con el presentimiento insistente de algo decisivo que había de gozar o de llorar. Y la consideración quemante del infierno me trajo, a fin de día, una viva mezclanza de gozos y de llantos. Andaba nervioso por los claustros buscando, con mirada febriciente, otras miradas de extrañeza y miedo, posturas insólitas de angustia, gestos de inquietud torturadora... Aquellos rostros tranquilos, aunque graves, daban la sensación de quien no descubre nada nuevo. Corrí a la clase. Sentado en la silla po-

bre junto a una mesa de débil pie, clavé inmóvil mi pupila en aquella pared blanca que había saludado con una mueca de desprecio a mi llegada. Voló el tiempo. Yo no hice nada; lo sufrí todo. La palabra de Dios, cortante como espada de dos filos, apuntaba a los tuétanos del alma. Mi cabeza ardía en las últimas fiebres del mundo, y en la frente ardorosa sentí la caricia amarga de un rocío de sudor. Cerré los ojos cuajados de humores; apreté maquinalmente entre mis dedos crispados, unos papeles escritos y hundi, en el cojín hueco de mis brazos echados sobre la mesa, la cabeza que hervía en los fuegos cruzados de las Dos Banderas.

Aquella noche comprendí por vez primera unas palabras leídas con puro afán de erudición entre las obras de Newman: «La santidad antes que la paz». Porque la santidad es lucha y es violencia y renuncia, y es un andar trabajoso sobre la cuesta pina del Señor.

¡Amigo! Yo he enlosado mi espíritu en la tumba horrorosa de veinte años de indolencia, y cuando, al amanecer rusiente de la Pascua de mi alma, me desvelo, con un grito impaciente de mi alma y de mi cuerpo —baluceo del espíritu naciente— te saludo: «¡Resurrexi!». Desde hoy centro la visión de la vida en el ángulo luminoso de lo sobrenatural, abierto en un mudo crucial del Madero de Cristo. Quiero vivir la plenitud del espíritu fortaleciéndome en la fe por la actuación de mis ansias de apóstol. Quiero llegar a la cuerda locura de la Cruz y llevar a Cristo, instando «oportune et importune», las almas que duerman el sueño luctuoso del pecado, por el mismo bendito camino, por el mismo bendito sistema de esa intransigencia santa con que tú me has llevado.

Gracias, amigo.

X. X.

En torno a la familia del Juez Harvey

(Viene de 5.ª pág.)

celuloide. Pueden estar orgullosos los Harvey's de la popularidad que posee la monada de su primogénito, con sus gansadas y «excelente educación» así como también de su «hermosa y cautivadora inocencia». No ha mucho que tan «deliciosa criatura» con pretensiones de hombría, ha revelado sus inmejorables cualidades de tenorio con un film «sumamente moralizante». Hasta tal extremo ha llegado su eficacia, que ya no es preciso contemplar en la pantalla sus gracias puesto que las vemos en otros mil tenorios tan simpáticos (?) y tan dignos en su perfecta imitación. Yo creo que los padres que deseen ser respetados y obedecidos (?) por sus hijos, no deben hacer otra cosa que recomendarles tan educativo film. Así lograremos que el lejano paraíso de Yanquilandia no esté tan lejos. Y además nos evitaremos infinidad de preocupaciones, arcaicas vetustas y pasadas de moda: las íntegramente cristianas.

Un arcaico



Con su típica barretina y el "cistallat", los Aspirantes de A. C. esparcen por nuestra villa la alegría de la Resurrección del Señor.
(Foto "Aspirantado")